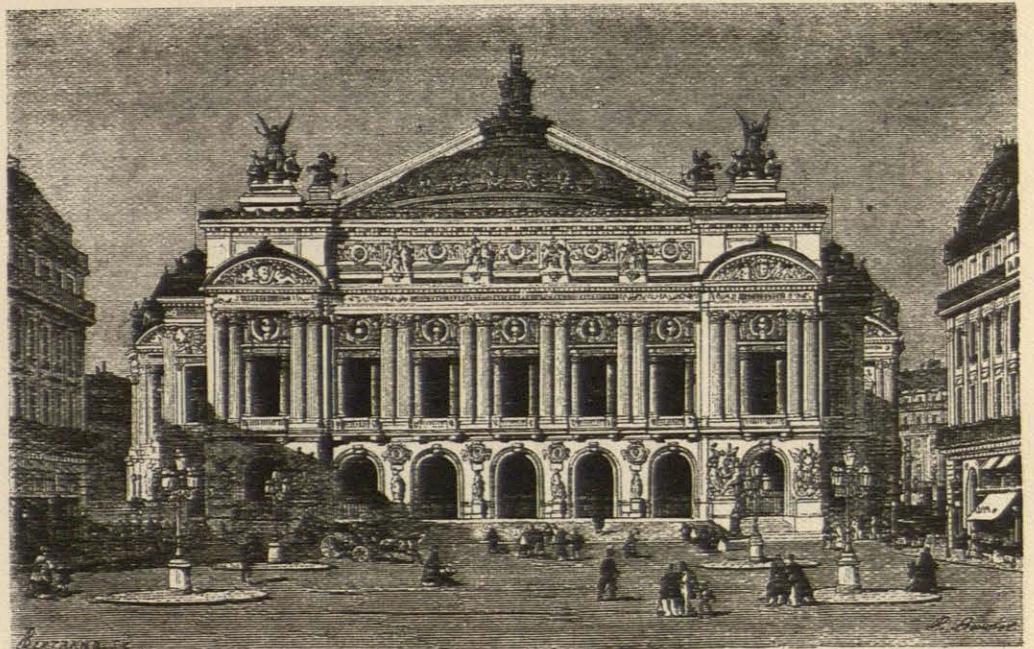


El Teatro de la Opera de Paris, obra del arquitecto Charles Garnier. Durante las obras la fachada se cubrió con un andamiaje muy cuidadosamente realizado, incluso con su carpintería. Las obras dieron comienzo en 1861. El 15 de agosto de 1867 un equipo de carpinteros y de cerrajeros, en una hora, hizo caer todo el andamiaje y a los ojos de los parisienses apareció por primera vez la fachada de la Opera.





Edificio de la Unión y el Fénix de Madrid. Foto Gómez.

Luis Moya, arquitecto

EL AFEITADO DE LOS TOROS Y OTROS AFEITADOS

Una carta del director levanta una importante liebre con estas palabras: “El edificio de Rucabado, en las Cuatro Calles, se revocó y para ello se puso un cerramiento de chapa de arriba abajo. A la joven ola esto le gustó, y dijeron que se quedaba mejor que el edificio original. Ahora están revocando el edificio de La Unión y el Fénix, y han puesto un cerramiento de madera de mejor calidad que el de Rucabado, que seguramente a los jóvenes los volverá locos.”

“Esto no es nuevo, y en el edificio de la Academia de San Fernando don Diego Villanueva, con iguales ímpetus limpiadores, procedió a una obra que a la vista está.”



Se plantean aquí dos problemas: el primero, el de los andamios cubiertos, el cual más que el afeitado de los cuernos peligrosos, es su embolado, a estilo portugués; el segundo es el verdadero afeitado.

El problema de los andamios revestidos es muy curioso y tiene ya historia. Por una parte, es una nueva arquitectura con formas de hoy—aunque, como el de la Opera de París, haya sido retirado en 1867—que lógicamente gusta más a la “joven ola” que la fachada que ocultan. Este de la Opera de París, de enormes dimensiones y cerrado totalmente, incluso con vidrieras, es una verdadera fachada de nuestros días, con una composición muy cuidada y llena de detalles sabrosos. Ahora bien: el mismo arquitecto Charles Garnier fué el autor de ambas fachadas, la definitiva y la provisional. No vió las posibilidades estéticas y plásticas de esta última, de manera que no las aprovechó en sus obras posteriores.

Por otra parte, desde Garnier hasta estos días todos sabemos que estas fachadas-andamios están hechas para durar poco y que una vez cumplida su misión desaparecerán y volverá a triunfar el “pompier” que ocultaron. Son lo contrario del afeitado que realizó don Diego de Villanueva, que suprimió para siempre la pompa barroca de la fachada de Churriguera. El embolado y el afeitado de las arquitecturas expresivas son la secuencia inevitable de éstas. El embolado no sólo se ha hecho por la necesidad de revocar o restaurar o construir una fachada, sino por el deseo de ocultarla durante unas fiestas (de ello hubo innumerables casos en Madrid en tiempos pasados). El afeitado ha tenido lugar cuando una masa culta, segura de sí misma, se ha creído en posesión de una verdad general, que, al ser compartida por muchos, no podía soportar la expresión individualista de una personalidad aislada.

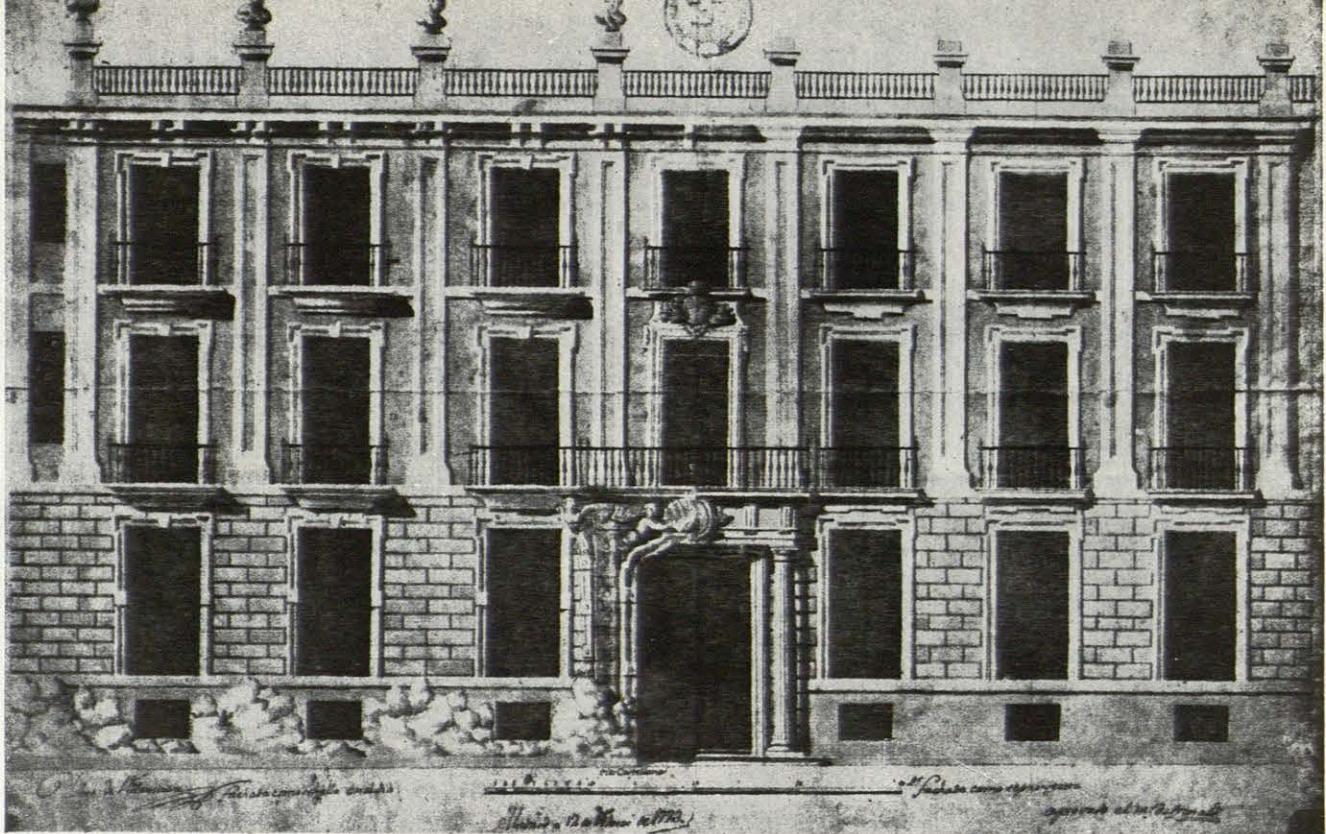
En ambos casos se da la misma circunstancia: la masa—aunque se llame Academia a veces—es contraria a la expresión desorbitada de un individuo. El movimiento pendular de la Historia va de la masa al individuo y de éste a la masa. Al individualismo del gótico final se opuso la masa de los renacentistas, que afeitó muchos edificios anteriores en nombre de unas reglas clásicas de validez general. Y cuando no los destruyó definitivamente y del todo, los ocultó con revestimientos postizos de vida efímera, para una fiesta, o duraderos, como el que hizo León Bautista Alberti en templo gótico malatestiano de Rimini. Des-

pués, la masa se descompuso en individualidades ansiosas de expresión personal, que hallaron su camino en los manierismos y los estilos barrocos, para ser a su vez reprimidas por el movimiento académico del siglo XVIII y principio del XIX, que acabó descomponiéndose en la pululación de estilos personales—eclecticismo “pompier”—que llenó el resto del siglo pasado y parte de éste; a los que sustituye el estilo moderno, masivo, de hoy, que por su parte empieza ya a producir dentro de su seno individualidades ansiosas de una expresión personal, que, etc., etc., porque el péndulo sigue su movimiento. Estos afeitados antiguos y modernos invocan el “buen gusto” en su ayuda, y realmente tienen razón, porque las personalidades verdaderas—llámense Miguel Angel o Gaudí—nunca se han preocupado de tener “buen gusto” ni probablemente razón. Como tampoco se preocuparon de tenerlo los Papas, Reyes, Cardenales, etc., que hicieron posible la obra de esas grandes personalidades. El “buen gusto” parece una invención de la burguesía acomodada de estos últimos siglos, y va acompañado de sentido económico, buenos modales y otras cualidades aptas para su difusión en las masas. Las cuales, resentidas por ser masas (léase a Ortega y Gasset), han de oponerse fatalmente al mal gusto individualista de las verdaderas aristocracias del poder o del arte. Y más si, como en nuestro tiempo, el mal gusto con que nosotros—las masas de que formamos parte—hemos de enfrentarnos es el de falsas aristocracias del arte dominantes en el siglo pasado.

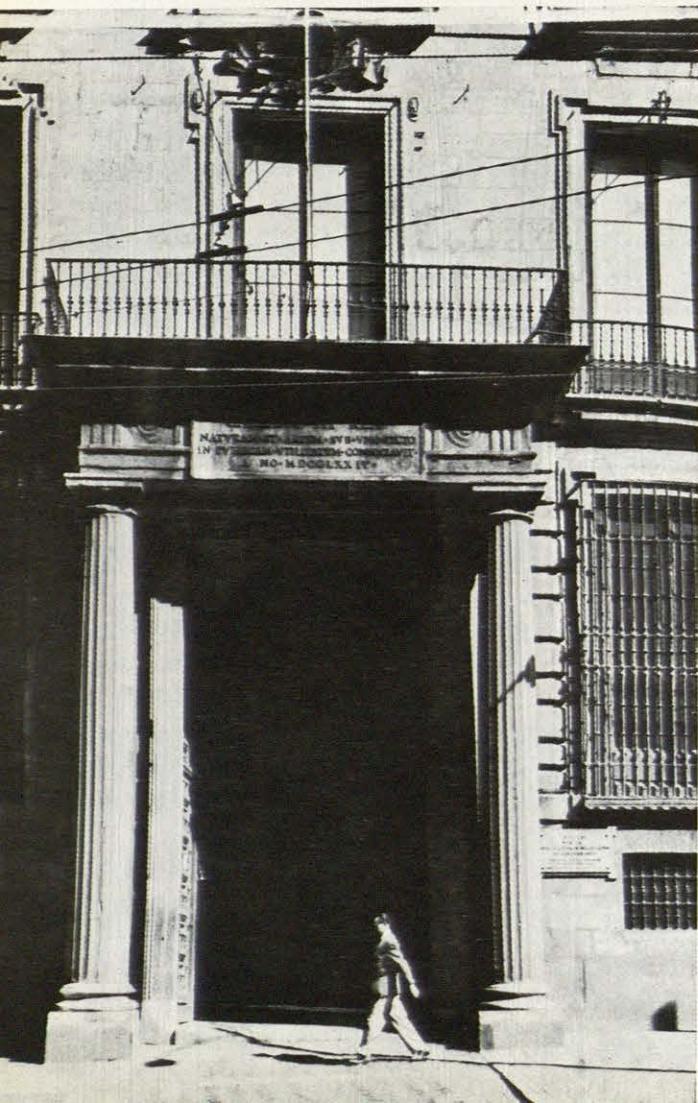
Por consiguiente, el problema es bastante complicado, y no podemos, si vivimos de verdad en nuestro tiempo, afeitar edificios en nombre de la virtud burguesa y décimonónica del “buen gusto”. Ni menos en nombre de una oposición al culto de la personalidad, de estilo marxista. Ni invocando los derechos de “nuestro tiempo” y de nuestro estilo, que de lo que está necesitado, precisamente, es de personalidades auténticas.

Aquí, como en los toros, es difícil tomar una decisión, porque los cuernos al natural son peligrosos, y también lo son las personalidades auténticas y su mal gusto, pero los cuernos y los edificios, embolados o afeitados, hacen del toreo un ballet, y de las ciudades, aglomeraciones en serie repartidas por todo el ancho mundo.

L. M.



Academia de Bellas Artes de San Fernando. Dibujo de Diego Villanueva.



Detalle de la portada actual, Foto Gómez.

El arquitecto José Benito Churriguera (1665-1725) proyectó uno de los más ambiciosos y originales trazados urbanos españoles del siglo XVIII: la ciudad y palacio del Nuevo Baztán, encargo del banquero Juan de Goyeneche, y para este mismo cliente construyó un palacio en la calle Alcalá, de Madrid, que ahora es la Academia de Bellas Artes de San Fernando.

De este edificio se conserva como único testimonio el dibujo de Diego Villanueva, que aquí se reproduce tomado del libro "Ars Hispaniae", de George Kubler. Sin embargo, este dibujo no da la etapa última de la reforma. El mismo Villanueva quitó las pilastras que todavía aparecen.